

La glorificación de la economía no es un problema demasiado grave desde el punto de vista político pero desgraciadamente, desde el punto de vista académico es sencillamente desastroso. Intelectos jóvenes que deberían aportar su curiosidad insaciable, irreverente y testaruda a la resolución de algunos importantes problemas científicos, están siendo prostituidos antes de tiempo por el aroma de la sala del trono. Hoy día ser estudiante de economía es casi ponerse uniforme de aprendiz de ministro. Se lee y se estudia, no para empujar más atrás las fronteras del conocimiento humano, sino para escalar más rápidamente la pirámide de las asesorías bien remuneradas en fama o en dinero.

Es necesario, entonces, perderle el respeto a la economía como proveedora de encantamientos y fórmulas mágicas para resolver los complejos problemas de nuestro conglomerado social; hay que perderle el respeto como escuela para escalar alturas políticas; como gran fuente de coartadas técnicas indoloras para esconder la ineptitud de políticos irresponsables. Pero hay que dignificarla con su verdadera calidad, puesto que aunque no es una ciencia, es una noble herramienta, un macizo arado conceptual; útil en manos útiles, inútil, y hasta desastroso en manos torpes dirigidas por intelectos mediocres. No hay manera más sencilla de transformarse en buey que agachando la cabeza y empujando hacia adelante, sin nunca preguntar por qué, para qué y hacia dónde. La curiosidad inteligente y majadera ha sido siempre una herramienta civilizadora y en esta oportunidad debe ser esgrimida con tenacidad tremenda hasta reducir a escombros el becerro de oropel que se ha levantado a la economía. Para esto hay que preguntar repetidamente, con insistencia y sin vergüenza, ¿para qué sirve la economía? ¿En qué dirección se está avanzando? ¿Vale la pena avanzar? ¿Por qué? Demasiadas cosas se aceptan dócilmente en un mundo que permite la glorificación de los albañiles. Demasiadas preguntas no alcanzan a nacer; demasiadas respuestas permanecen calladas. Este es el telón de fondo de esta farsa, en la que el único bufón es el hombre que se transforma en víctima pasiva de lo que debería ser su herramienta obediente.

HALLAZGO DEL MANUSCRITO MAS ANTIGUO DEL CORAN

Por un azar venturoso fue descubierto en El Cairo el manuscrito más antiguo del Alcorán. Se trata de una obra de unas diez mil hojas escritas en caracteres cúficos sobre un pergamino de cuero de venado hace 1.200 años, según los expertos han podido comprobar. Presumen los investigadores que perteneció a Osmán, uno de los cuatro discípulos del Profeta y tercer Califa del Islam.

El manuscrito fue descubierto en una caja de metal en la biblioteca del viejo albergue de estudiantes "Maghreb Rouak" de la Universidad El-Azhar. En la misma caja se encontró un hilo con unas mil perlas, probablemente del salterio de la persona que había llevado consigo la versión alcoránica.

La posada de estudiantes Maghreb-Rouak fue fundada hace novecientos años para estudiantes del Maghreb —Libia, Túnez, Argelia y Marruecos—, y había en ella una biblioteca de varios miles de volúmenes sobre las doctri-

nas del Islam, sobre astrología y sobre magia. El antiguo manuscrito alcoránico fue descubierto al hacerse un inventario completo de la biblioteca. El Gobierno egipcio había ordenado la cataloguización de antigüedades y antiguos manuscritos en todo el país.

Durante el inventario fue descubierto aún otro manuscrito del Corán de una antigüedad de 891 años. Con lo que el Rouak posee en total 247 de estos viejos manuscritos. La UNESCO está efectuando fotocopias de los 200 más valiosos.

Sobre la traducción de "Los trabajos y los días" de Hesíodo, por Fotios Malleros

por DANIEL CASTELLANOS

De la Academia Nacional de Letras de Uruguay

Poco menos que insólita resulta en nuestra América la traducción directa al español de un clásico griego. Falta aliento para tan denodada empresa. De ahí que hemos de saludar como un hecho auspicioso la versión que desde Chile nos ofrece el profesor Fotios Malleros de *Los trabajos y los días*, de Hesíodo. Indico sin duda de esas manifestaciones del espíritu que siempre se esperan con afán.

Profeza el eminente catedrático en las Universidades de Santiago y de Valparaíso. Las aulas de Filología y Literatura Clásica griega son de su dominio, donde se mueve con la autoridad que sólo otorga el prestigio del saber y el tesón de una labor ahincada, trascendida ahora en esta edición bilingüe que alienta bajo el signo de la fidelidad. Una **Introducción** con notas esclarecedoras, tiene valor de fundamental estudio, aún cuando el autor subraya que el territorio de su trabajo no es absolutamente crítico, como así que tampoco se dirige a los especialistas. Malleros lo destina a estudiantes, lo que le da sentido de tributo.

Traducir es siempre menester comprometido y tratándose de Hesíodo las dificultades sobreabundan: falta de fuentes, carencia de biografía y siempre ese escollo sutil —suerte de duendecillo maléfico— que se hace presente en toda traducción del griego al español y que significa en el distinto genio de cada idioma. Pero a Malleros no le atribuyó la difícil tarea. Ha sabido sortear los riesgos con fortuna. Sus páginas fluyen sin agobio y el lector va sorbiendo con fruición lo que es la médula de tan importante trabajo.

¿Cómo situar a Hesíodo y su obra en plano justo sin ciertas referencias previas? Poco se sabe acerca de este autor. Acaso ese desconocimiento sea buen incentivo para ahondar en su estudio. Es fama que cierta vez Benedetto Croce objetó a un erudito napolitano que le traía excesivas precisiones sobre un tema: "Hace usted demasiada luz, y ya el enigma se nos pierde. No hay que olvidar que éste es siempre un buen resorte de investigación en Historia..." Malleros, sin olvidar la lección de Croce, desdeña un tanto el saber sibilino para atenerse en cambio al rigor documental, e informa al lector con juicio crítico y erudición segura, cuánto es posible y útil acerca de su propósito. Espigando en autores de la antigüedad recurre a Píndaro, a Heródoto, a Platón, a Aristóteles, a Estrabón, a Pausanias, a Plutarco y entre los modernos espulga los trabajos de Winckelmann, de Müller, de Jaeger, de Lacachás, de Schwartz, de Mazon, de Bowra, de Robin y tantos otros y así su visión se completa.

Sin pretender seguirlo en todos sus planteos (esta nota no pasa de ser una mera reseña) conviene aludir a ciertos puntos.

Para Malleros reviste condición de previo el problema de la existencia de dos Hesíodos, que él acepta. Uno: el autor de la Teogonía; otro: el cultor de la poesía didáctico-moral. Este, posterior en el tiempo. Y ya en campo acotado, deslinda en términos generales las características de los dos tipos de epopeya: la didáctica, genuina de Hesíodo el joven, de la heroica de Homero. Planteo oportuno, pues en ambas, al decir de Robin, alientan "las más